

abrirse la caza, y la joven condesa había pensado que las violentas distracciones de este ejercicio serían un medio de evitar lo enojoso de las entrevistas en el castillo. En un principio ocurrió ya un hecho imprevisto que sorprendió á los testigos de aquellos extraños amores, causándoles admiración. Sin que hubiese habido convenio entre ellos, los dos hermanos rivalizaron en prodigar cuidados y ternura á su prima, experimentando un placer moral que creyó que había de bastarles. Entre ellos y Lorenza la vida fué tan fraternal como lo había sido entre los dos solos. Nada más natural. Después de tan larga ausencia, sentían la necesidad de estudiar á su prima, de conocerla bien y de hacerse conocer por ella dejándole el derecho de elegir, sostenidos en esta prueba por aquel mutuo afecto que hacía una sola vida de su doble existencia. El amor, lo mismo que el cariño de madre, no sabía distinguir entre los dos hermanos. Lorenza se vió obligada, para reconocerlos y no equivocarse, á darles corbatas diferentes, una blanca al mayor y una negra al pequeño. Sin esta perfecta semejanza, sin esta identidad de vida que engañaba á todo el mundo, semejante situación parecería naturalmente imposible. En realidad, sólo se explica con trabajo, pues es una de esas cosas que no se creen más que viéndolas, y, aun después de verlas, el ánimo se ve más apurado para explicarlas que lo que se ha visto para creerlas. Si hablaba Lorenza, su voz resonaba de igual modo en dos corazones igualmente amantes y fieles. Si expresaba una idea ingeniosa, bella ó chistosa, su mirada encontraba el placer pintado en dos miradas que no perdían ninguno de sus movimientos, que satisfacían sus mismos deseos y que le sonreían siempre con distinta expresión, alegre en el uno, tiernamente melancólica en el otro. Cuando se trataba de su prima, los dos hermanos tenían esos admirables impulsos repentinos del corazón, en armonía con la acción, los cuales, según el abate Goujet, llegaban á lo sublime. Muchas veces, si era preciso ir á buscar algo, si se trataba de hacer alguno de esos insignificantes servicios que los hombres prestan con tanto gusto á la mujer amada, el mayor dejaba el placer de desempeñarlo á su hermano, dirigiendo á su

prima una mirada conmovedora y de satisfacción á la par. El menor se complacía en pagar con réditos esta clase de deudas. Este combate de nobleza tratándose de un sentimiento en que el hombre llega á la celosa ferocidad del animal, confundía las ideas de los ancianos que lo contemplaban.

Estos insignificantes detalles atraían á veces las lágrimas á los ojos de la condesa. Una sola sensación, que sin duda es inmensa en ciertas organizaciones privilegiadas, puede dar una idea de las emociones de Lorenza: podía ser comprendida recordando el acuerdo perfecto de dos hermosas voces como las de la Sontag y de la Malibrán en algún armonioso dúo, ó el unísono completo de dos instrumentos manejados por dos maestros y cuyos sonidos armoniosos penetran en el alma como los suspiros de un ser apasionado.

Algunas veces, al ver al marqués de Simeuse, sentado en un sofá, dirigir una mirada profunda y melancólica á su hermano, que hablaba y reía con Lorenza, el cura le creía capaz de un inmenso sacrificio, pero no tardaba en ver en sus ojos el brillo de la pasión invencible. Cada vez que uno de los gemelos se encontraba solo con Lorenza, podía creerse exclusivamente amado.

—Entonces, me parece que son uno solo, decía la condesa al abate Goujet cuando éste la interrogaba sobre el estado de su corazón.

El sacerdote reconoció entonces en ella la ausencia absoluta de coquetería. Lorenza no se creía realmente amada por dos hombres.

—Pero, querida mía, no habrá más remedio que escoger, le dijo un día la señora de Hauteserre, cuyo hijo se moría silenciosamente de amor por Lorenza.

—Déjenos usted ser felices, respondió ella. Dios se encargará de resolverlo todo.

Adriano de Hauteserre escondió en el fondo de su corazón unos celos que le devoraban, y guardaba el secreto de sus torturas, comprendiendo las pocas probabilidades de éxito que le quedaban. Se contentaba con la dicha de ver á aquella criatura encantadora que, durante algunos

meses que duró esta lucha, brilló con todo su esplendor. En efecto, al sentir ilusiones, Lorenza se tomó por su físico todos los cuidados que acostumbran á tomarse las mujeres amadas. Seguía las modas, y más de una vez fué á París para parecer más hermosa con perifollos ó con alguna novedad. En fin, para proporcionar á sus primos todos los goces de su casa, de los cuales estaban privados hacía tanto tiempo, hizo de su castillo, á pesar de los gritos de su tutor, la habitación más comfortable que hubo á la sazón en Champaña.

Roberto de Hauteserre no comprendía aquel drama sordo. No veía más que el amor de su hermano por Lorenza. Respecto á ésta, se complacía en burlarse de su coquetería, pues confundía este detestable defecto con el deseo de agradar, del mismo modo que se equivocaba sobre todas las cosas del gusto, del sentimiento ó de la elevada instrucción. Así es que, cuando el hombre de la edad media aparecía en escena, Lorenza hacía, sin saberlo, el papel del gracioso del drama; alegraba á sus primos, discutiendo con Roberto, llevándolo poco á poco al hermoso lugar de los aguazales, donde se hundían la estupidez y la ignorancia. Lorenza sobresalía en esas ocurrentes bromas que, para ser perfectas, deben dejar contento al bromeado. Sin embargo, por grosera que fuese su naturaleza, Roberto, durante esta hermosa época, la única feliz que debían conocer aquellos tres encantadores seres, no intervino nunca entre los Simeuse y Lorenza con una palabra viril, que acaso hubiese decidido la cuestión. Quedó sorprendido de la sinceridad de los dos hermanos. Roberto comprendió sin duda lo mucho que aquella mujer debía temer el conceder al uno testimonios de ternura que el otro no hubiese obtenido; cuán feliz era uno de los hermanos del bien que conseguía el otro, y cuánto sufrían ambos en el fondo de su corazón. Este respeto de Roberto explica admirablemente esta situación, que, indudablemente, hubiera tenido privilegios en los tiempos de fe, en que el soberano pontífice tenía el poder de intervenir para cortar el nudo gordiano de estos raros fenómenos, vecinos de los misterios más impenetrables. La Revolución

había inculcado la fe católica á aquellos corazones, y la religión hacía aún más terrible esta crisis, pues la grandeza de los caracteres aumentó la grandeza de las situaciones. De modo que ni los señores de Hauteserre, ni el cura, ni su hermano, esperaban nada vulgar de los dos hermanos ni de Lorenza.

Este drama, que permaneció misteriosamente encerrado dentro de los límites de la familia, donde cada uno lo observaba en silencio, tuvo un curso tan rápido y tan lento á la vez, implicaba tantos goces inesperados, pequeños combates, preferencias engañosas, ilusiones perdidas, crueles esperanzas, aplazamientos para el día siguiente para explicarse y declaraciones mudas, que los habitantes de Cinq-Cygne no hicieron caso alguno del coronamiento de Napoleón. Por otra parte, estas pasiones tenían treguas y violentas distracciones, promovidas por los placeres de la caza, que, cansando exclusivamente al cuerpo, quitaban al alma ocasiones de viajar por las estepas peligrosas de la fantasía. Ni Lorenza ni sus primos pensaban en los asuntos públicos, pues cada día tenía para ellos un interés palpitante.

—A decir verdad, no sé á quién de estos amantes amados, dijo un día la señorita Goujet.

Adriano, que se encontraba solo en el salón con los cuatro jugadores de boston, fijó en ellos sus ojos y se puso pálido. Hacía ya algunos días que sólo estaba sostenida su vida por el placer de ver á Lorenza, de oírla hablar.

—Creo, dijo el cura, que la condesa, en su calidad de mujer, ama con mucho más abandono.

Lorenza, los dos hermanos y Roberto llegaron algunos instantes después. Los periódicos acababan de llegar. Al ver la ineficacia de las conspiraciones intentadas en el interior, Inglaterra armaba á Europa contra Francia. El desastre de Trafalgar había destruído uno de los planes más extraordinarios que el genio humano podía haber inventado, y con el que el Emperador hubiese pagado su elección á Francia con la ruina de la nación inglesa. En este momento, el campo de Bolonia se había levantado. Napoleón, cuyos soldados eran superiores en número como

siempre, iba á librar batalla contra Europa, en lugares en que no había comparecido nunca. El mundo se preocupaba del desenlace de esta campaña.

—¡Ah! esta vez sucumbirá, dijo Roberto al acabar la lectura del periódico.

—Tiene á su disposición todas las fuerzas de Austria y de Rusia, dijo María Pablo.

—Pero nunca ha maniobrado en Alemania, respondió Pablo María.

—¿De quién hablan ustedes? preguntó Lorenza.

—¡Del Emperador! respondieron los tres jóvenes.

Lorenza dirigió á sus dos amantes una mirada desdenosa que los humilló, pero que llenó de alegría á Adriano. Este hizo un gesto de admiración y de orgullo, como queriendo decir que él, por su parte, no pensaba más que en Lorenza.

—¿Lo ven ustedes? El amor le ha hecho olvidar su odio, dijo el abate Goujet en voz baja.

Este fué el primero, el último y el único reproche que los dos hermanos recibieron; pero en este momento se consideraron inferiores en amor á su prima, la cual, hasta dos meses después, no supo el asombroso triunfo de Austerlitz, ni lo hubiera sabido si no hubiera oído una discusión que el buen Hautesserre tuvo con sus dos hijos. Fiel á su plan, el anciano quería que éstos solicitasen la entrada en el ejército, donde sin duda les concederían sus grados y podrían aún hacer una hermosa carrera militar. El partido del realismo puro se había hecho más fuerte en Cinq-Cygne. Los cuatro hidalgos y Lorenza se burlaron del prudente anciano, que parecía adivinar las desgracias del porvenir. La prudencia es sin duda, más bien que una virtud, el ejercicio de un *sentido* del espíritu, si posible es hermanar estas dos palabras; pero día llegará probablemente en que los fisiologistas y los filósofos admitirán que los sentidos son en cierto modo la envoltura de una viva y penetrante acción que procede del espíritu.

Después de pactada la paz entre Francia y Austria, hacia últimos del mes de febrero de 1806, un pariente que se había interesado por los Simeuse cuando éstos solicitaron

su vuelta, y que debía más tarde darles grandes pruebas de adhesión, el noble marqués de Chargebœuf, cuyas propiedades se extienden desde Seine-et-Marne hasta el Aube, llegó á la tierra de Cinq-Cygne, en una especie de calesa, que, por burla, recibía en aquel entonces la denominación de berlina. Cuando este pobre coche apareció en el camino del castillo, los habitantes de éste, que estaban almorzando, sintieron ganas de reír; pero al reconocer la cabeza calva del anciano que apareció entre las dos cortinas de cuero del carruaje, el señor de Hautesserre lo nombró, y todos se levantaron para salir al encuentro del jefe de la casa de Chargebœuf.

—Nos hemos portado mal con este señor, dijo el marqués de Simeuse á su hermano y á los Hautesserre. Debíamos haber ido á darle las gracias.

Un criado vestido de aldeano, que guiaba el carruaje, plantó en un tubo de grosero cuero su látigo de carretero y se disponía á ayudar á bajar al marqués; pero Adriano y el menor de los Simeuse no lo consintieron, y, abriendo la puerta del coche, sacaron al buen hombre de él, á pesar de sus protestas de que no se molestasen. Este marqués tenía la pretensión de hacer pasar su berlina amarilla por un coche excelente y cómodo. El criado, ayudado por Gothard, desenganchaba ya los dos buenos y grandes caballos que, sin duda, servían tanto para los trabajos agrícolas como para el coche.

—¿A pesar del frío? Es usted un valiente de los antiguos tiempos, dijo Lorenza á su anciano pariente, dándole el brazo y llevándolo hacia el salón.

—Como vosotros no venís á ver á un pobre viejo como yo, dijo con finura dirigiendo reproches á sus jóvenes parientes.

—¿Por qué vendrá? se preguntaba el bueno de Hautesserre.

El señor de Chargebœuf, guapo anciano de sesenta y siete años, con pantalón claro, piernas canijas y provistas de medias de seda adamascada, llevaba la peluca enfundada y los cabellos llenos de almidón perfumado, que se em-

pleaba para blanquearlos. Su casaca, de paño verde, con botones de oro, estaba adornada de galones dorados. Su chaleco blanco deslumbraba por sus enormes bordados de oro. Esta manera de vestir, que estaba aún de moda entre los ancianos, sentaba admirablemente á su cara, bastante parecida á la del gran Federico. No se ponía nunca el tricornio para no destruir el efecto de la media luna dibujada en su cráneo por una capa de almidón. Apoyaba la mano derecha en un bastón con puño en forma de pico de cuervo, llevando á la vez en dicha mano el bastón y el sombrero, con un gesto digno de Luis XIV. Este digno anciano se desembarazó de una dulleta de seda y se dejó caer en un sofá, conservando entre sus piernas su tricornio y su bastón, en una postura cuyo secreto no perteneció nunca más que á los elegantes de la corte de Luis XV, y que dejaba las manos libres para manejar la tabaquera, alhaja siempre magnífica. En efecto, el marqués sacó del bolsillo de su chaleco, que remataba un gran bordado de arabescos de oro, una rica tabaquera. Mientras preparaba su toma, ofreciendo tabaco á todos, con otro gesto encantador, acompañado de afectuosas miradas, observó el placer que causaba su visita. Entonces pareció comprender la causa de que los jóvenes emigrados hubiesen faltado á sus deberes para con él, y pareció decirse:

—Cuando se hace el amor, no se puede hacer visitas.

—¿Supongo que le tendremos á usted aquí algunos días? dijo Lorenza.

—Imposible, respondió el anciano. Si no estuviésemos separados por los acontecimientos, pues ustedes han recorrido en más de una ocasión mayores distancias de las que nos separan, sabría usted, querida mía, qué tengo hijas, nueras, nietos y nietas. Toda esta gente se inquietaría si no me viese esta noche, y tengo que andar aún diez y ocho leguas.

—Lleva usted buenos caballos, dijo el marqués de Simeuse.

—¡Oh! vengo de Troyes, donde tuve que arreglar ayer un asunto.

Después de las consiguientes preguntas por la familia, por

la marquesa de Chargebœuf y por todas esas cosas realmente indiferentes, pero por las que la humanidad exige que se interese uno vivamente, le pareció al señor de Hautesserre que Chargebœuf iba á recomendar á sus jóvenes parientes que no cometiesen ninguna imprudencia. Según el marqués, los tiempos habían cambiado, y nadie podía saber lo que llegaría á ser el Emperador.

—¡Oh! dijo Lorenza, llegará á ser dios.

El buen anciano habló de concesiones. Al oírle expresar, con mucha más seguridad y autoridad de lo que él acostumbraba á exponer sus doctrinas, la necesidad de someterse, el señor de Hautesserre miró á sus hijos con aire casi suplícante.

—¿Serviría usted á ese hombre? dijo el marqués de Simeuse al de Chargebœuf.

—Sí, si fuese conveniente á los intereses de mi familia.

Por fin, el anciano dejó entrever, aunque vagamente, lejanos peligros, y cuando Lorenza le rogó que se explicase con más claridad, Chargebœuf aconsejó á los cuatro hidalgos que no cazasen más y que se mantuviesen tranquilos en su casa.

—Ustedes consideran los dominios de Gondreville como suyos, reavivando de ese modo un odio terrible, dijo á los señores de Simeuse. Veo que ignoran ustedes que hay quien les quiere mal en Troyes, donde recuerdan aún vuestro valor. Todo el mundo comenta la manera que tuvieron ustedes de escapar de las manos de la policía general del Imperio, los unos alabando vuestra conducta y los otros considerándoos como enemigos del Emperador. Algunos seides se asombran de la clemencia que el Emperador tuvo con ustedes. Esto no es nada. Lo peor es que ustedes se burlaron de gente que se creía más astuta que ustedes, y la gente de baja estofa no perdona nunca. Tarde ó temprano, la justicia, que en esta comarca depende de su enemigo Maligno, que ha colocado en todas partes á parientes y á amigos suyos, su justicia, pues, sentirá una gran satisfacción si logra poder comprometer á ustedes en algún mal asunto. Un aldeano les buscará á ustedes camorra cuando estén en el campo, y como

llevarán ustedes las armas cargadas y tienen el genio vivo, una desgracia sobreviene fácilmente. Dada su posición de ustedes, es preciso tener cien veces razón para que no les echen la culpa. No me faltan razones para hablarles á ustedes de este modo. La policía vigila siempre el distrito en que están ustedes y mantiene un comisario en este rincón de Arcís, con el objeto único de proteger al senador del Imperio de sus asechanzas de ustedes, pues según dice él mismo, les tiene á ustedes miedo.

—¡Ese hombre nos calumnia! exclamó el menor de los Simeuse.

—Está bien, yo ya creo que les calumnia á ustedes; ¿y el público? ¿lo cree? eso es lo importante. Hace tiempo que Michú intentó matar al senador, y éste no lo ha olvidado. Después de la vuelta de ustedes á Francia, la condesa ha tomado á Michú á su servicio. De modo que para la mayor parte de la gente, Maligno tiene razón. Ustedes ignoran lo delicada que es la posición de los emigrados respecto á aquellos que se encuentran en posesión de sus bienes. El prefecto, hombre de talento, me habló de ustedes ayer, de una manera que me inquietó. En fin, que no quisiera ver aquí...

Esta respuesta fué acogida con profunda estupefacción. María Pablo llamó vivamente.

—Gothard, dijo al criadito que acudió al llamamiento; vaya usted á llamar á Michú.

El antiguo administrador de Gondreville no se hizo esperar.

—Michú, amigo mío, ¿es verdad que has querido matar á Maligno? le preguntó el marqués de Simeuse.

—Sí, señor marqués; y cuando vuelva lo acecharé.

—¿Y sabes que se sospecha que somos nosotros los que te apostamos, y que nuestra prima, al tomarte á su servicio, es acusada de alimentar tus intentos?

—¡Dios mío! exclamó Michú ¿estaré yo maldito? ¿No he de poder nunca deshacerme tranquilamente de Maligno?

—No, amigo mío, repuso María Pablo; va á ser preciso que dejes el país y nuestro servicio; nosotros cuidaremos de

ti y te pondremos en disposición de aumentar tu fortuna. Vende todo lo que posees aquí, realiza tus bienes y te enviaremos á Trieste, á casa de un amigo nuestro que tiene muchas relaciones y que te empleará hasta que esto cambie de aspecto para nosotros.

Abundantes lágrimas brotaron de los ojos de Michú, que permaneció inmóvil, hasta el punto que parecía estar clavado al pavimento.

—¿Había testigos cuando te emboscaste para matar á Maligno? le preguntó el marqués de Chargebœuf.

—Grevín, el notario, hablaba con él y él fué quien me impidió matarle, lo cual fué una suerte, y ya sabe la señora condesa por qué, dijo Michú mirando á su ama.

—Este Grevín no es el único que lo sabe, dijo el señor de Chargebœuf, que pareció contrariado con aquel interrogatorio, á pesar de que se hacía en familia.

—Aquel espía que por aquella época vino para coger á mis amos, lo sabía también, respondió Michú.

El señor de Chargebœuf se levantó como para mirar á los jardines y dijo:

—Veo que han sabido ustedes sacar partido de Cinq-Cygne.

Y dicho esto, salió, seguido de los dos hermanos y Lorenza, que comprendieron el sentido de este último dicho.

—Sois francos y generosos, pero siempre imprudentes, les dijo el anciano. Que yo os advierta la existencia de algún rumor público, *que debe ser una calumnia*, nada más natural; pero que vosotros lo deis como una verdad á gentes débiles como los señores de Hauteserre y sus hijos... ¡Oh! ¡qué jóvenes! ¡qué jóvenes! Debíais dejar á Michú aquí y marcharos vosotros. Pero, en todo caso, si os quedáis en el país, escribid una carta al senador diciéndole que acabáis de saber los rumores que corren respecto á Michú y que lo habéis despedido.

—¡Nosotros! exclamaron los dos hermanos. ¡Escribir á Maligno, el asesino de nuestro padre y de nuestra madre y el desvergonzado expoliador de nuestra fortuna!

—Todo eso es verdad; pero es uno de los mayores personajes de la corte imperial y el rey del Aube.